

**LA CIUDAD DE ALBACETE Y SU SIGNIFICACIÓN  
EN LA TRAYECTORIA VITAL Y LITERARIA DE  
ANDRÉ MALRAUX**

por  
Ricardo MARÍN RUIZ\*

---

\* Facultad de Humanidades de Albacete. UCLM



## RESUMEN

El artículo pretende abordar la relación que el escritor francés André Malraux mantuvo con la ciudad de Albacete en el marco de su estancia en España durante la guerra civil. Lejos de ofrecer, sin más, unas breves pinceladas del paso del autor galo por tierras albaceteñas, este estudio trata de poner de manifiesto la relevancia que este enclave tuvo dentro de la experiencia vivida por el autor de *L'espoir* en el transcurso de la contienda de 1936.

**Palabras clave:** Malraux, Albacete, guerra civil española, relación, estancia.

## ABSTRACT

This essay pretends to deal with the relationship held by the French writer André Malraux with the town of Albacete during the Spanish Civil War. Far from offering merely a brief account of the stay of Malraux in lands of Albacete, this study intends to highlight how important this town was for the experience lived by the author of *L'espoir* during the Spanish Civil War.

**Keywords:** Malraux, Albacete, Spanish Civil War, relationship, stay.

## 0. INTRODUCCIÓN: ANDRÉ MALRAUX O EL ESCRITOR DE LA CONDICIÓN HUMANA

Al abordar la figura de André Malraux, nuestra atención tiende a privilegiar su dimensión biográfica en detrimento de la literaria; no en vano, pocos individuos tuvieron la oportunidad de fundar la primera escuadrilla internacional de la guerra de España, de ser el ministro predilecto de Charles De Gaulle –en cuyo gabinete ocupó la cartera de Cultura–, o de entrevistarse con Trotsky –al que llegó a unirle una estrecha amistad–, Nixon, Mao o Gandhi. Episodios como éstos motivarían que, con el paso de los años, el gran público conociera a Malraux, de manera casi exclusiva, por sus facetas de héroe aventurero –no olvidemos sus innumerables viajes, su procesamiento en Camboya al apropiarse de obras de arte autóctonas, o su participación en la Resistencia francesa– y de personalidad política e intelectual. En cambio, la obra de Malraux ha permanecido, por lo general, en un segundo plano frente a los acontecimientos y avatares que marcaron su trayectoria biográfica, más propia de una novela de aventuras que de la vida real. Por este motivo, es conveniente dirigir nuestra mirada, en esta ocasión, hacia una producción literaria que haría a su autor acreedor de ocupar un lugar de relevancia dentro de la literatura francesa del siglo XX. Asimismo, insistir más en la biografía del escritor francés significaría, de algún modo, contradecir su convicción –expresada en sus *Antimémoires* (*Antimemorias*, 1967)– de que el dominio del arte no es el de la vida<sup>1</sup>.

En la obra de André Malraux confluyen la Historia, la ficción, la autobiografía y la estética. Dentro de contextos tan dispares como el colonialismo, la guerra de España, las dos conflagraciones mundiales y la resistencia de Francia, el autor siempre muestra una misma determinación: “*la condición humana y algunos rasgos que expresan menos un carácter individual que una relación particular con el mundo*”<sup>2</sup>. Las novelas escritas por Malraux antes de 1935 guardan una estrecha relación con el viaje que, en compañía de su esposa Clara Goldschmidt, emprendió a Indochina en octubre de 1923. La experiencia oriental del autor, que culminaría en febrero de 1926, no sólo le proporcionaría el trasfondo histórico en el que se enmarcan sus primeras obras, sino que también le permitiría realizar un descubrimiento crucial para el desarrollo posterior de su ideología social y política: el hallazgo de la desigualdad a través de la observación directa de

<sup>1</sup> Malraux, A., (1972): *Antimémoires*. Paris. Gallimard, p. 13.

<sup>2</sup> Citado en: Fernández Cardo, J. M.<sup>a</sup> y González, F., (2006): *Literatura francesa del siglo XX*. Madrid. Síntesis, p. 111.

la explotación del otro. A partir de entonces, Malraux concebirá la escritura como una actividad orientada al compromiso solidario con los sectores menos favorecidos.

Coincidiendo con su regreso de Asia, Malraux publica *La tentation de l'Occident* (*La tentación de Occidente*, 1926). En esta obra, el escritor sigue la tradición temática-formal instaurada en la literatura francesa por las *Lettres Persanes* (*Las cartas persas*, 1721) de Montesquieu. En esta ocasión, la relación epistolar se establece entre el francés A. D. y el chino Ling, dos jóvenes que se desplazan al espacio del otro en sentido opuesto: el primero a China y el segundo a Europa. Una vez alcanzados sus respectivos destinos, ambos se desligan de sus culturas de origen para abrirse al conocimiento de los valores insertos en las sociedades que los acogen. En 1928, Malraux publica su segunda novela de inspiración oriental, *Les conquérants* (*Los conquistadores*). En ella, el ensayo cede paso a la ficción, pese a que la historia narrada está basada en acontecimientos reales –ocurridos en la provincia china de Cantón en 1925– y a la creencia por parte de los lectores coetáneos de que el autor había participado en tales sucesos, cuando, en realidad, Malraux nunca había visitado la China continental antes de que su novela viera la luz. El escritor francés cerraría su ciclo asiático con *La condition humaine* (*La condición humana*, 1933), novela con que ganaría el premio Goncourt. Al igual que en *Les conquérants*, la ficción arranca de un hecho histórico, como es, en esta ocasión, la sublevación comunista de 1927 en Shangai y la brutal represión que siguió. La acción comienza en los momentos previos al levantamiento, cuando el jefe del partido nacionalista chino –el Kuomintang–, Chang-Kai-Chek, está apunto de controlar Shangai con el apoyo de los comunistas. Sin embargo, los acontecimientos experimentan un giro inesperado cuando el líder del Kuomintang decide perseguir y ejecutar a los cabecillas comunistas. Frente a este panorama, personajes como Kyo, Gisors, Katow o Chen no encuentran otra salida que la de aceptar trágica e individualmente sus destinos. En *La condition humaine*, Malraux muestra por primera vez un rasgo estilístico que se generalizaría en escritos posteriores, como es el de intercalar escenas violentas con debates ideológico-metafísicos en el marco de una estructura donde la influencia de las técnicas cinematográficas es claramente apreciable.

Con la publicación en 1935 de *Le temps du mépris* (*El tiempo del desprecio*), el marco de la ficción se traslada a Europa. En esta ocasión, el protagonista es un militante comunista, Kassner, que es arrestado por la policía nazi. La tortura y los severos interrogatorios a los que es sometido le hacen barajar la posibilidad del suicidio, opción que descarta al recordar

a su mujer y la libertad que anhela. Finalmente, gracias a la confesión de otro detenido, Kassner puede salir de la cárcel y reunirse con su esposa. La participación de Malraux en los primeros meses de la guerra civil española inspiró su novela más extensa: *L'espoir* (*La esperanza*, 1937). La obra, dividida en tres grandes bloques –“L’illusion lyrique”, “Le Manzanarés” y “L’espoir”–, ofrece una visión panorámica del conflicto en el período comprendido entre julio de 1936 y la primavera de 1937. Tras efectuar un recorrido por distintos puntos de la geografía española, a lo largo del cual se alternan escenas bélicas con otras centradas en el debate ideológico, Malraux manifiesta su convicción de que en marzo de 1937 –momento en el que concluye la novela– aún existía la esperanza de que la República derrotase a los rebeldes.

Ya en la década de los cuarenta, el escritor francés publicaría *Les noyers de l’Altenburg* (*Los nogales de Altenburg*, 1943). En este libro, Malraux cuenta la historia del narrador y de su padre –el primero hecho prisionero en 1940 y el segundo, Vincent Berger, un veterano de la Primera Guerra Mundial–, con el objeto de mostrar cómo ambos personajes han intentado responder, con veinticinco años de diferencia, a una misma pregunta: ¿qué es el hombre? La cuestión es respondida tanto desde un plano teórico –a través de las especulaciones de los intelectuales que participan en los Coloquios de Altenburg–, como práctico –por medio de las dramáticas experiencias vividas, cada uno en su tiempo, por los dos protagonistas–. Hacia 1947, Malraux abandona el género novelístico para dedicarse exclusivamente a la escritura de ensayos sobre arte –*Le musée imaginaire* (*El museo imaginario*, 1947), *La création artistique* (*La creación artística*, 1948), *Saturne, essai sur Goya* (*Saturno*, 1950), *Les voix du silence* (*Las voces del silencio*, 1951), o *Les métamorphose du dieux* (*La metamorfosis de los dioses*, 1957)–. En 1967, como ya hemos visto, publicaría sus *Antimémoires*, y en 1976, año de su fallecimiento, *Le miroir des Limbes* (*El espejo del limbo*), que completa el conjunto de escritos autobiográficos.

Ofrecida, a modo de introducción, esta visión general de la obra de André Malraux, abordamos a continuación su estancia en España en general, y en Albacete en particular, durante el transcurso de la guerra civil, no sin antes ponerla en relación con la incidencia que el conflicto tuvo fuera de nuestras fronteras así como con el posicionamiento que el autor adoptó frente a la contienda civil a través de una de sus novelas más celebradas, *L'espoir*. El estudio de la relación que Malraux mantuvo con Albacete parte del convencimiento de que nuestra ciudad representó un hito importante dentro de la experiencia del escritor francés durante la

guerra de España, pese a que las referencias a este rincón de La Mancha en *L'espoir* son más bien escasas. Por este motivo, la reconstrucción que, en líneas generales, aquí se pretende realizar de la estancia de Malraux en Albacete ha empleado como principal fuente documental no sólo su novela ambientada en la contienda civil, sino también el testimonio aportado por Paul Nothomb que, como se verá más adelante, fue uno de los hombres de confianza del escritor galo dentro de la denominada “Escadrille Espagne” (“Escuadrilla España”).

## 1. LA GUERRA CIVIL Y SU DIMENSIÓN INTERNACIONAL

El estallido de la guerra de España en julio de 1936, además de asestar un “golpe de gracia” a la II República –muy maltrecha desde los incidentes protagonizados por los mineros asturianos en 1934–, causó una gran conmoción fuera de nuestras fronteras; el conflicto no sólo dividía al país entre simpatizantes de los insurrectos franquistas y aquéllos que apoyaban la legitimidad del gobierno republicano, sino que contribuía a hacer más profunda la brecha abierta en Europa entre los defensores del totalitarismo y los que estaban dispuestos a luchar por preservar derechos tan fundamentales como la libertad y la igualdad. La guerra de España pronto se convirtió en un conflicto internacional, en una baza difícil de jugar sobre el tablero mundial<sup>3</sup>, donde los gobiernos europeos se debatían entre la no intervención –tal fue el caso de Francia e Inglaterra–, con el fin de evitar que el conflicto se extendiese por todo el Viejo Continente, y el apoyo a uno de los dos bandos en lucha –como sucedió con la Unión Soviética, Alemania e Italia–. De este modo, los distintos posicionamientos que las naciones europeas adoptaron en torno a España prefiguraban los dos bloques que entrarían en conflicto durante la Segunda Guerra Mundial, de ahí que historiadores de izquierda, como André Chamson, y de derecha, como Henri Massis, hayan coincidido en identificar la guerra civil como el inicio de la guerra europea.

El que hubiera estados que optaron por la no intervención no significa que una parte de su población no se implicase, de un modo u otro, en la contienda que se estaba librando en España. En este sentido, fueron numerosas las formas de colaborar con una de las dos causas en conflicto, abarcando desde el apoyo meramente intelectual hasta la participación en los combates del frente. Las llamadas al anticolaboracionismo no representaron

<sup>3</sup> Aubier, D. y Muñón de Lara, M., (1956). *Espagne*. Paris. Senil, p. 95.

un obstáculo para que se desarrollaran diversos cauces de apoyo al gobierno republicano, como demuestra la creación de las Brigadas Internacionales en septiembre de 1936, cuya Oficina Central se encontraba en París, o la celebración del Congreso Internacional de Escritores Antifascistas en Madrid y Valencia en 1937, donde participó el propio Malraux además de autores como, por ejemplo, Gide, Mann, Huxley, Spender y Dos Passos. Al mismo tiempo, otros escritores manifestaban su apoyo al bando republicano escribiendo crónicas de guerra en primera línea de combate, como Hemingway, o bien convirtiéndose en miliciano para luchar en el frente, como fue el caso de Orwell.

Como se ha dicho anteriormente, el gobierno francés, encabezado por el socialista León Blum, fue uno de los ejecutivos que optaron por no intervenir –al menos oficialmente– en la guerra civil, ante el temor de que la ingerencia en los asuntos españoles podía significar la implicación de otras potencias europeas, convirtiendo la contienda que esta teniendo lugar en España en una conflagración internacional. Esta decisión, además de saldarse con una profunda escisión dentro del gabinete galo entre los que se oponían a ayudar al gobierno de Madrid y aquellos que pensaban que Francia debía intervenir en virtud de su posición geográfica, recibió duras críticas procedentes tanto de la derecha, desde la que Mauriac advertía que la intervención supondría una legitimación de la violencia dentro y fuera de España<sup>4</sup>, como de la izquierda, desde donde se acusaba a Blum de no ser fiel al Frente Popular. Conforme transcurría la guerra, el envío de armas desde el país vecino era una práctica cada vez más constatable, frente a la que el ejecutivo galo no podía hacer nada por evitarla; muy sintomática resulta en este sentido la afirmación realizada por Blum a finales de 1937: “*Hemos permitido de una manera sistemática el contrabando de armas; es más, lo hemos organizado*”<sup>5</sup>. Asimismo, la política seguida por el gabinete francés no impidió que otros gobiernos ofrecieran su apoyo militar a los republicanos y a los nacionales, ni que ciudadanos franceses decidiesen por sí mismos pisar suelo español para combatir contra el franquismo. Al igual que sucedía con las armas, la marcha de contingentes a España, si bien iba en contra de la política del gobierno, no fue entorpecida por éste. Convicciones políticas y morales, búsqueda de nuevas aventuras o la consideración de la guerra civil como el último conflicto romántico fueron algunas de las razones que llevaron a numerosos voluntarios extranjeros a empuñar las armas en nuestro país.

<sup>4</sup> Bertrand de Muñoz, M., (1995). *La guerra civil española y la literatura francesa*. Sevilla. Alfil, p. 17.

<sup>5</sup> *Ibid.* p. 16.



En Francia, la actividad desarrollada por los simpatizantes de la República española fue particularmente intensa; a finales de julio de 1936, la oficina que el Frente Popular tenía en París ya reclutaba a hombres dispuestos a marchar hacia la Península, a la vez que aumentaban las adhesiones al Socorro Rojo Internacional. En septiembre, la ciudad del Sena se convirtió en la sede de las Brigadas Internacionales, que estaría integrada por los batallones franceses “Commune de Paris”, “Henri Barbusse”, “Henri Vuillemin”, “Pierre Brachet” y “Vaillant-Couturier”, y por los franco-belgas “André Marty” y “Louise Michel”; todos ellos quedarían agrupados dentro de la XIV Brigada Internacional, denominada “La Marsellaise”. En mitad de este clima de solidaridad que se respiraba en Francia a finales del verano de 1936, Malraux sintió la necesidad de socorrer a la causa republicana.

## 2. LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA EN *L'ESPOIR*

Como ya se ha comentado anteriormente, la estructura externa de *L'espoir* consta de tres partes, tituladas, respectivamente, “L’illusion lyrique” (“La ilusión lírica”), “Le Manzanarès” (“El Manzanares”) y “L’espoir” (“La esperanza”):

1ª parte: <i>L’illusion lyrique</i> ( <i>La ilusión lírica</i> )	1.a: <i>L’illusion lyrique</i> ( <i>La ilusión lírica</i> )	Sección I	4 capítulos
		Sección II	4 capítulos
		Sección III	3 capítulos
	1.b: <i>Exercice d’Apocalypse</i> ( <i>Ejercicio de Apocalipsis</i> )	Sección I	5 capítulos
		Sección II	9 capítulos
2ª parte: <i>Le Manzanarès</i> ( <i>El Manzanares</i> )	2.a: <i>Être et faire</i> ( <i>Ser y hacer</i> )		9 capítulos
	2.b: <i>Sang de gauche</i> ( <i>Sangre de izquierda</i> )		17 capítulos
3ª parte: <i>L’espoir</i> ( <i>La esperanza</i> )			6 capítulos

Dentro de la parte que abre *L'espoir*, Malraux ofrece una descripción de los primeros días de la guerra en Madrid y Barcelona. El autor recurre a estos entornos para representar, de un lado, los combates encarnizados que tienen lugar entre las milicias y los militares sublevados y, de otro, el entusiasmo y el fervor revolucionarios que invaden las calles de estas dos ciudades al comienzo de la contienda. Las milicias, sin embargo, debido a su desorganización e indisciplina, son incapaces de frenar por sí solas el avance de las fuerzas rebeldes, tal y como puede observarse, por ejemplo, en la caída de Toledo en manos del Ejército de África. Es a partir de ese momento cuando, frente a la creciente dificultad para aplacar la sublevación franquista, surge entre los dirigentes comunistas la necesidad de terminar con el “Apocalipsis”, es decir, con la improvisación y el caos que hasta entonces habían caracterizado a la revolución obrera y campesina, para así poder combatir más eficazmente a los militares sublevados. Las palabras pronunciadas por Magnin al final de “L’illusion lyrique” son premonitorias del cambio de rumbo que adoptará la lucha antifranquista:

*El Apocalipsis quiere todo, todo enseguida; la revolución obtiene poco –lenta y duramente–. El peligro es que todo hombre lleva en sí el deseo de un Apocalipsis. Y que, en la lucha, ese deseo, pasado un tiempo bastante corto, es una derrota cierta por una razón muy simple: por su naturaleza misma, el Apocalipsis no tiene futuro<sup>6</sup>.*

En la segunda parte, la organización y la disciplina comunistas terminan por imponerse dentro del bando gubernamental, circunstancia que hace posible la resistencia de Madrid frente al cerco rebelde al que está sometida la ciudad. Paralelamente al dominio comunista sobre otras tendencias antifranquistas –consolidado por la victoria momentánea obtenida sobre los nacionales en Madrid–, los éxitos se suceden en las filas republicanas. No obstante, en la tercera y última parte de la novela, Malraux muestra también alguno de los duros reveses sufridos por los gubernamentales, como fue, por ejemplo, la ocupación de Málaga por los rebeldes. Pese a no poder evitar esta derrota, la consolidación de la disciplina comunista resulta decisiva para que las fuerzas republicanas sigan obteniendo algunos triunfos; la novela concluye, precisamente, con una de ellas –la obtenida en Guadalajara sobre las tropas italianas fascistas–,

---

<sup>6</sup>Malraux, A., (2002). *La esperanza*. Madrid. Cátedra, p. 191.

hecho que, en aquel momento, aún permitía albergar la esperanza de que la victoria sobre los sublevados era todavía posible.

Por otro lado, la estructuración externa de la novela ofrece dos aspectos que resultan interesantes desde el punto de vista del análisis de la imagen de España en ella reflejada, como son, de un lado, los títulos que reciben algunas de sus partes y, de otro, la extensión decreciente que presentan las tres divisiones principales en las que se estructura externamente la novela<sup>7</sup>. El título de “Exercice de l’Apocalypse” tiene su origen en una de las intervenciones de García, quien habla de “*transformar nuestra Apocalipsis en ejército o reventar*”<sup>8</sup>; las palabras de este dirigente comunista prefiguran una España republicana maniatada por las numerosas corrientes ideológicas que en ella confluyen y que, con sus tesis abocadas a no entenderse, generan un auténtico caos, un verdadero Apocalipsis que merma la eficacia de la lucha antifranquista. El ejercicio de Apocalipsis consiste, por tanto, en encauzar la fuerza con la que cada una de esas tendencias realiza sus proclamas ideológicas hacia una lucha común encabezada por el comunismo contra el bando nacional. El título que recibe la primera sección de la segunda parte, “Être et faire”, también guarda relación con una de las máximas pronunciadas por García: “*Los comunistas quieren hacer cualquier cosa. Vosotros y los anarquistas, por razones diferentes, deseáis ser cualquier cosa...*”<sup>9</sup>. Con estas palabras, Malraux-García insiste en la descoordinación y la falta de entendimiento existentes entre las diversas fuerzas progubernamentales y que, en esta ocasión, sintetiza en el binomio ser/hacer. A través de estos dos conceptos, el narrador pretende poner de manifiesto el enfrentamiento que dividía al bando republicano en relación con cuál debía ser el modo más idóneo para combatir al franquismo. Así pues, Malraux asocia el “hacer” –“faire”– con la acción eficaz y contundente que la disciplina comunista pretende imponer dentro de la izquierda como forma más adecuada para derrotar a los rebeldes. En cambio, el “ser” –“être”– representa el idealismo y la infructífera especulación ideológica de otras opciones políticas de izquierda que, según el autor, sólo sirvieron para entorpecer la lucha contra los rebeldes. Por su parte, “Sang de gauche” hace referencia a un episodio narrado en el capítulo cuarto de “Exercice de l’Apocalypse”; en él, López, uno de los integrantes de las milicias que

<sup>7</sup>Marín Ruiz, R. (2007). *La imagen de España durante la guerra civil en L’espoir, Homage to Catalonia y For Whom the Bell Tolls*. Albacete. Universidad de Castilla-La Mancha, p. 197 [Tesis doctoral inédita].

<sup>8</sup>*Ibid.*, p. 282.

<sup>9</sup>Malraux, A. (2002): *La esperanza. op. cit.*, p. 282.

asedian el Alcázar de Toledo, está a punto de pisar el charco de sangre dejado por el cuerpo de un anarquista muerto. Entonces, un compañero del miliciano que yace en el suelo se dirige a él: “–*Cuidado, hombre –dijo. Y respetuosamente–: sangre de izquierda*”<sup>10</sup>. En esta ocasión, Malraux pretende resaltar la importancia que el individuo tiene no sólo para el credo anarquista, sino también para un espíritu tan propenso a lo romántico como lo es, desde el punto de vista del autor, el español. Finalmente, por lo que concierne a la progresión decreciente que se aprecia en la extensión de las tres grandes unidades en las que se estructura la obra, José M.<sup>a</sup> Fernández Cardo ha señalado que “*no puede ser tenida por insignificante [...] para el estudio de la significación acabada de la misma*”<sup>11</sup>; en este sentido, cabe pensar en la existencia de algún vínculo entre esta característica formal de *L'espoir* y la representación de España como lugar en el que, si bien se resiste aún frente al avance de un poder filofascista, la esperanza de poder doblarlo es cada vez menor.

La diversidad de entornos y sucesos que aparecen en el transcurso de la novela, junto con el elevado número de personajes –en torno a sesenta–, la convierten en un texto fragmentado, que no fragmentario; así, lejos de ser un relato desestructurado donde se acumulan, aparentemente sin orden, los acontecimientos, *L'espoir* conserva una cierta unidad interna gracias al planteamiento de determinados temas y a la presencia de los personajes más importantes en los episodios centrales de la novela. La disposición del material narrativo en escenas que apenas guardan entre sí una unidad espacial y actuarial, el carácter inconcluso de muchas de ellas y los súbitos cambios de entornos y personajes confieren a *L'espoir* unas evidentes connotaciones cinematográficas. Sin embargo, más allá de la intención del autor de escribir una obra que pudiera llevar a la pantalla, la estructura fragmentada es indiciativa de la visión panorámica que Malraux desea ofrecer de la guerra de España. A diferencia de relatos como *Le temps du mépris* (*El tiempo del desprecio*, 1935), donde Malraux focaliza su atención en un único personaje, en *L'espoir* el escritor galo opta por ofrecer una visión más amplia; en este último caso, las diversas partes en las que se organiza externa e internamente el texto son representadas como las piezas de un gran mural. A lo largo de él, Malraux refleja, sobre el trasfondo de la guerra de España, el sacrificio de unos valores individuales, propios de épocas pasadas y muy arraigados dentro de nuestro país, en beneficio de los intereses colectivos suscitados por un conflicto moderno. Acorde con esta

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 225.

<sup>11</sup> Fernández Cardo, J. M.<sup>a</sup>, (2002). “Introducción” a *La esperanza*. Madrid. Cátedra, p. 65.

imagen panorámica de la guerra civil, el autor adopta la denominada “visión desde arriba” u omnisciente, desde la que puede abarcar el extenso paisaje que conforma la amplia variedad de personajes, entornos y situaciones representados en el trascurso de la novela. No obstante, Malraux alterna este punto de vista con la visión desde el interior de los personajes o “visión restringida”, desde la que el autor trata de ofrecer una imagen más viva e inmediata del conflicto con la que poder impactar ya no sólo al lector particular, sino también, y sobre todo, a las democracias occidentales, que habían optado por permanecer neutrales ante la guerra de España.

Por otra parte, teniendo en cuenta que uno de los móviles que llevaron a Malraux a escribir sus novelas más conocidas era la intención de transmitir un mensaje ideológico no exento de posibles aplicaciones prácticas, no es extraño que uno de los temas más vertebradores de la novela tenga unas evidentes connotaciones políticas: la necesidad de recurrir a la acción efectiva y organizada desplegada por los comunistas para poder derrotar al fascismo<sup>12</sup>. España es, para Malraux, uno de esos lugares donde, de una forma más apremiante, el comunismo debe dirigir la lucha antifranquista; según el escritor francés, la guerra había desatado el carácter idealista y apasionado del pueblo español, circunstancia que podía precipitar la derrota republicana y, con ella, alentar el auge del fascismo en Europa.

Malraux muestra la ortodoxia comunista en oposición a las tesis anarquistas, como puede observarse en los numerosos debates que representantes de ambas tendencias mantienen a lo largo de la novela. Al igual que en *Les conquérants* (*Los conquistadores*, 1928) y *La condition humaine* (*La condición humana*, 1933), en *L'espoir* el autor vuelve a plantear el debate sobre si la revolución debía ser encauzada a través del orden y la disciplina, o bien por medio del espontáneo ímpetu de las clases populares. En su novela sobre la guerra de España, Malraux sitúa esta dialéctica no en el plano de las ideas políticas –como sucede en sus obras anteriores–, sino dentro de una dimensión histórica y psicológica; más allá de ser una opción política, el anarquismo hispano es para el novelista la expresión de distintas cualidades asociadas secularmente a la personalidad española, como son la desorganización, la indisciplina y el individualismo. Por tanto, además de constituir uno de los temas centrales de la novela, la oposición comunismo-anarquismo es uno de los principales ejes vertebradores de la imagen de España en *L'espoir*. Detrás de la fuerte raigambre que las tesis anarquistas tienen en nuestro país, Malraux encuentra un carácter rebelde y apasionado

---

<sup>12</sup>Marín Ruiz, R., (2007). *La imagen de España durante la guerra civil...*, op. cit., p. 205.

que convierte la contienda civil en la última guerra romántica. Ahora bien, si el autor busca incorporar a su visión de España ese viejo romanticismo al que secularmente ha estado aparejada la imagen de nuestro país en Europa, es para señalar la futilidad de los ideales románticos dentro de un conflicto moderno. Las masas obreras y campesinas que, lideradas por los anarquistas, se hacen con las calles de Madrid y Barcelona al comienzo de la contienda, encarnan la ingenua esperanza de que la victoria puede ser alcanzada por medio de actos heroicos aislados. Muy pronto, sin embargo, la pasión y el individualismo se revelan como armas insuficientes para derrotar a un enemigo más organizado y mejor preparado táctica y armamentísticamente. Influidos por las tesis marxistas, Malraux vio en la contienda civil un claro ejemplo de cómo el conflicto propiciaba un cambio histórico por el que la guerra ya no podía ganarse a través del coraje individual, sino a través del esfuerzo colectivo que el autor identifica con la disciplina comunista. La necesidad de que el comunismo suplantara al anarquismo en España como condición para derrotar a los rebeldes constituye el tema central de algunas de las principales escenas de *L'espoir*. Así ocurre, por ejemplo, con el asalto al cuartel de la Montaña en Madrid y la derrota de los rebeldes atrincherados en el Hotel Colón de Barcelona. Estos sucesos, protagonizados por las masas populares, constituyen dos momentos clave dentro de la dinámica seguida por la novela; al margen de representar la derrota de los rebeldes en las dos ciudades más importantes de España, ambas escenas insisten en lo perjudicial que podía ser el anarquismo para los intereses de la República. Tanto en Madrid como en la Ciudad Condal, los militares sublevados finalmente se rinden, pero a costa de numerosas muertes causadas por la imprudencia de idealistas que, como el líder anarquista Puig, se muestran más preocupados por morir de una forma digna y valerosa que por derrotar al enemigo.

La condena del idealismo, que, a juicio de Malraux, entorpecía la lucha antifascista en España, vuelve a aparecer en otras escenas significativas a lo largo de la novela. El ataque que la escuadrilla encabezada por Magnin lanza contra la columna de Yagüe cerca de Medellín supone el primer triunfo de la aviación extranjera. Sin embargo, al igual que ocurre con las escenas de Madrid y Barcelona, se trata de una victoria parcial, pues la intervención de la “Escadrille Espagne” en modo alguno detiene el avance del Ejército de África hacia la capital de España. No es casual que esta escena cierre la primera sección de la novela –“L’illusion lyrique”–; una vez que los rebeldes dominan toda la España occidental, los voluntarios extranjeros comprueban que la esperanza de derrotar al fascismo sólo desde la creencia en unos ideales –igualdad, justicia, libertad– es, en realidad, una mera

ilusión. En “Exercise d’Apocalypse”, sobre el telón de fondo del asedio al Alcázar, Malraux introduce varias escenas en las que aparecen el capitán Hernández y el general comunista García discutiendo sobre cuál debe ser el camino que conduzca a la victoria sobre Franco; ante la fragmentación existente entre las milicias que asedian el Alcázar, Hernández alberga escasas esperanzas de que los rebeldes rindan la fortaleza. Sin embargo, para él, una eventual derrota militar no es tan grave como el hecho de dejar de combatir al bando contrario desde la justicia y el honor. García, en cambio, ve en los ideales de Hernández un vestigio de épocas pasadas; no en vano, según el oficial comunista, este último personaje refleja la mentalidad decimonónica que inspirara la revolución rusa y, aún más, la exaltación del sacrificio personal propia de los primeros mártires cristianos. El código moral de este “demi-chrétien” que es, en palabras de García, Hernández, no tiene cabida dentro de un conflicto moderno como es la guerra civil. Sus ideales pertenecen a una fase primigenia de la revolución que el conflicto español ya ha superado; por tanto, el sistema de valores de Hernández, debido a su carácter desfasado, carece de sentido y utilidad dentro de la realidad política y militar impuesta por la guerra. Más allá del anacronismo que los ideales del oficial republicano tienen en el marco de una confrontación bélica del siglo XX, lo más indignante para Malraux-García es que ponen en peligro la causa republicana. Dos son las escenas que resaltan especialmente lo perjudicial que pueden ser para los intereses leales conductas como las de Hernández: la ocupación de Toledo por las tropas rebeldes y el posterior fusilamiento del capitán. La primera de ellas representa un duro revés para la República, pues la caída de la ciudad del Tajo dejaba el camino expedito a las fuerzas sublevadas en su avance hacia Madrid. La segunda, sin embargo, simboliza un cambio en la visión que Malraux tiene de la Historia; si en sus novelas orientales afirmaba mediante la muerte de héroes como Kyo (*La condition humaine*) que el progreso era posible a través del sacrificio individual, en *L’espoir*, su visión de la guerra de España se encuentra mediatizada, como ya hemos comprobado, por las tesis marxistas, de modo que el cambio sólo puede producirse merced a un esfuerzo colectivo y no a una empresa individual.

Junto a la desorganización de los anarquistas y el idealismo trasnochado de personajes como Hernández, la fraternidad es otro de los temas que Malraux opone a la racionalidad y a la disciplina comunistas. El autor desarrolla este eje temático principalmente a través de la figura de Magnin. Al igual que hiciera el autor en la vida real, este personaje comanda un escuadrón aéreo integrado por voluntarios extranjeros. En un principio, Magnin se muestra comprensivo con las limitaciones evidenciadas por



aquellos que ingresan en el grupo. Sin embargo, conforme avanza la guerra, su deseo cada vez mayor de conseguir la victoria hace que se comporte de manera menos condescendiente con sus compañeros. De este modo, Magnin no duda en excluir a varios hombres de la escuadrilla; por consejo de los comisarios comunistas, se deshace primero de tres voluntarios alemanes y, poco después, decide expulsar a un mercenario francés a causa de su cobardía. Al igual que sucede con Manuel, Malraux recurre a Magnin para resaltar uno de los aspectos de la contienda española que más le llaman la atención; la transformación de lo que en un principio es una guerra con unas evidentes connotaciones románticas, debido a la exaltación de valores afines a la idiosincrasia española, como son la fraternidad y el individualismo, en un conflicto moderno donde la organización, la disciplina y los avances técnicos son más decisivos que las buenas intenciones a la hora de alcanzar la victoria. La deshumanización que Magnin va experimentando conforme transcurre la guerra no le impide, sin embargo, percatarse de que la fraternidad no es incompatible con el éxito militar. Durante el rescate de la tripulación del “Canard Déchâiné” en la sierra de Teruel –la escena ininterrumpida más larga de la novela–, Magnin recibe la ayuda de varios campesinos del cercano pueblo de Valdelinares, sin cuya colaboración ninguno de los pilotos se habría salvado. La solidaridad, por tanto, es vista en ese momento por Magnin como un valor que, siempre que sea encauzado a través del orden y la disciplina, no debe subestimarse en el trascurso de la contienda. Pero más allá de sus posibles implicaciones en el conflicto, la fraternidad aparece ante los ojos de este personaje como una cualidad propia de la condición humana; gracias a ella, el hombre puede conservar su dignidad en mitad de la devastación y la deshumanización ocasionadas por la guerra.

Otro de los ejes temáticos que vertebran la visión malrauxiana de la contienda civil es el paulatino dominio que los comunistas fueron ejerciendo sobre otras opciones políticas dentro del bando republicano. El autor francés representa este hecho mediante la evolución que Manuel, uno de los protagonistas de *L'espoir*, experimenta a lo largo de la novela. Bajo la tutela de la disciplina comunista, Manuel pasa de ser un intelectual jovial y optimista, cuyos conocimientos sobre la guerra derivaban únicamente de la lectura de manuales como el de von Clausewitz, a convertirse en un líder militar experimentado. Algunas de las escenas centrales de la novela guardan relación con esta transformación, que sucede en un período de tiempo demasiado corto como para que resulte verosímil. Ya en las primeras páginas de *L'espoir*, el lector asiste al nacimiento del compromiso que Manuel mantiene con el triunfo de la causa republicana; tras recibir la noticia de que los sublevados se habían hecho con el control de varias



ciudades, Ramos, el camarada que le acompaña en la Estación del Norte, decide que es hora de participar activamente en los combates contra los rebeldes. Ambos parten en el coche de Manuel con la intención de repartir entre los milicianos la dinamita necesaria para volar los puentes por los que los rebeldes podrían acceder a Madrid. En un principio, Manuel se siente preocupado por lo que pueda sucederle a su automóvil, sin embargo, conforme se contagia de la camaradería que impregna los primeros días de la revolución, decide, finalmente, centrar toda su atención en la lucha contra los militares sublevados. A partir de este momento, se produce un cambio en la escala de valores de este personaje, ya que, en ese instante, el individualismo propio de la clase burguesa a la que pertenece pasa a un segundo plano frente al interés por el éxito de la revolución obrera. Desde entonces, el compromiso de Manuel con la causa republicana y, más concretamente, con el comunismo, se convierte en un proceso irreversible. A lo largo del mismo, el protagonista es cada vez más consciente de que la organización y la disciplina son cualidades indispensables en la lucha contra los rebeldes. Dos escenas plantean este tema que Malraux asocia tan frecuentemente a los personajes comunistas, a los que representa como individuos que se consideran dotados de una especial sabiduría política<sup>13</sup>. Una de ellas tiene lugar en una pequeña localidad de la sierra madrileña arrebatada a los rebeldes. Allí son fusilados dos guardias civiles que, por error, habían llegado al pueblo creyendo que todavía estaba bajo control de los sublevados. Tras ser ejecutados, un joven campesino impregna sus dedos en la sangre de uno de los cadáveres y escribe “Muera el fascismo”. Después de presenciar esta escena, Manuel no muestra compasión ni hacia los guardias muertos ni hacia el muchacho que manifiesta su odio sobre una pared; por el contrario, sus pensamientos se concentran entonces en la necesidad de que su partido combata con el orden y la disciplina toda la vesania que había contemplado en el gesto del campesino. También entonces el protagonista se percató de que ha perdido la pureza moral que conservaba al comienzo de la guerra y que, a diferencia de personajes como Hernández, está dispuesto a sacrificar en favor de la victoria republicana. Manuel ha aprendido de la mano de los comunistas que, sólo dejando a un lado los sentimientos y los escrúpulos morales, se pueden obtener resultados satisfactorios en el trascurso de la contienda; así lo comprueba en la segunda de las escenas, donde el protagonista se dirige a una muchedumbre de milicianos que se agolpan en la estación de Aranjuez tras

<sup>13</sup> Raymond, G., (1995). *André Malraux: Politics and the Temptation of Myth*. Vermont. Ashgate, p. 154.

escapar de Toledo. Presa del caos, del miedo y de la desmoralización, los milicianos tratan de huir a Madrid. En lugar de sentir conmiseración hacia ellos y permitir su retirada a la capital de España, Manuel logra disuadirlos apelando a la consigna de disciplina militar absoluta que habían dado el gobierno y el Partido Comunista y, sobre todo, garantizándoles víveres y armamento. Malraux muestra entonces cómo, una vez adoptada la decisión de permanecer en Aranjuez, los milicianos se convierten, gracias a la organización y la diligencia de las autoridades comunistas, en un grupo de soldados disciplinados y debidamente aprovisionados, listos para volver a las trincheras.

Apesar del carácter propagandístico de escenas como la anteriormente comentada, no puede afirmarse que la visión de la guerra contenida en *L'espoir* sea totalmente procomunista. Al igual que Hemingway, Malraux vio en la disciplina y en la capacidad de organización de los comunistas dos poderosas armas a la hora de combatir el fascismo. No obstante, esta circunstancia no impidió que ambos escritores incorporaran a sus respectivas visiones del conflicto español una crítica contra la intervención comunista en nuestro país. Influidos por las ideas de Trotsky, el escritor francés estaba convencido de que el éxito de la revolución permitiría al individuo tomar una nueva conciencia de sí mismo y de la realidad que le rodea. Sin embargo, del mismo modo que sucede en *La condition humaine*, el comunismo aparece representado en *L'espoir* como una ideología incapaz de satisfacer los requerimientos morales del hombre y de reconocer su lugar en el mundo. Por el contrario, el seguimiento estricto de la ortodoxia comunista implica la anulación de la dimensión individual del sujeto. En consecuencia, Malraux encuentra en la eficacia y en el orden de los comunistas la clave que podía llevar a la República hasta la victoria, pero, al mismo tiempo, el narrador no obvia los efectos contraproducentes que podían tener sobre las personas a título particular. Como ya hemos visto, Manuel renuncia paulatinamente a sus sentimientos conforme se va convirtiendo en un líder militar cada vez más experimentado. En una de las escenas más emotivas de la novela, puede observarse hasta qué punto ha llegado la deshumanización sufrida por el protagonista; en ella, el joven oficial contempla cómo varios soldados de su regimiento van a ser fusilados tras haber sido condenados por desertión. Las desesperadas súplicas de sus compañeros no sirven para que detenga el fusilamiento. Por el contrario, Manuel muestra una actitud fría y distante ante la tragedia que está presenciando. No obstante, su imperturbabilidad no impide que se quede mirando fijamente al rostro de uno de los soldados que van a ser ejecutados, percatándose, de ese modo, de lo necesario que en esta guerra

es sacrificar las emociones personales para poder conseguir la victoria. El comportamiento de Manuel en esta escena marca la transición del personaje de una moral basada en valores individuales a otra fundamentada sobre valores colectivos; influida su visión de la realidad por esta última –que se corresponde con la ortodoxia comunista–, el protagonista contempla el fusilamiento como un medio que puede conducir al triunfo en la contienda, y no como la muerte poco honrosa de unos compañeros. La transformación experimentada por Manuel es igualmente apreciable en una de las escenas situadas al final de la novela. En esta ocasión, Malraux representa al protagonista tocando el “Kyrie” de Palestrina en el órgano en una iglesia de Brihuega mientras acompaña a algunos miembros del Comité Estético Revolucionario. Al ejecutar la pieza, Manuel no encuentra en la música un significado religioso, sino el recuerdo de un pasado que para él carece de sentido. En ese momento, el joven se percata una vez más de que su experiencia en la guerra bajo la disciplina comunista le ha transformado en un nuevo hombre; desde ese instante, ni la religión ni cualquier otro tipo de sentimiento significan nada para él: “*Creo que otra vida ha comenzado para mí con el combate; tan absoluta como la que comenzó cuando me acosté por primera vez con una mujer... La guerra lo hace a uno casto*”<sup>14</sup>.

### 3. ALBACETE Y LA “ESCADRILLE ESPAGNE”

El escritor francés, a pesar de las simpatías que entonces sentía por el comunismo, no contempló la opción de alistarse en las Brigadas Internacionales, sino que, por el contrario, decidió crear una escuadrilla aérea que colaborara con la maltrecha aviación gubernamental; de este modo, bien por su convicción de que el suministro de aviones militares a la República era esencial, bien por su deseo de convertirse en un jefe eficaz<sup>15</sup>, Malraux se puso al frente de la denominada “Escadrille Espagne” (“La escuadrilla España”). La idea de crear esta unidad se convirtió en un objetivo prioritario al regresar de España en julio de 1936 donde pudo entrevistarse, por encargo del ministro francés del Aire, Pierre Cot, con Azaña entre otras personalidades; la fama adquirida al ganar el premio Goncourt por su novela *La condition humaine* y, sobre todo, el hecho de ser un gran valedor del comunismo –aunque en ningún momento llegó a estar afiliado al Partido Comunista– hacían de Malraux la persona idónea

<sup>14</sup> Malraux, A., (2002). *La esperanza*, op. cit., p. 541.

<sup>15</sup> Todd, O., (2002). *Malraux. Una vida*. Barcelona. Tusquets, p. 238.

para ser un testigo privilegiado de lo que estaba sucediendo en Madrid. El novelista pudo advertir cómo sus pretensiones no tardaron en ser respaldadas por muchos de sus conciudadanos cuando la muchedumbre agolpada en la sala Wagram de París, haciendo caso omiso de las llamadas de Blum a la no intervención, vociferaban diversas proclamas a favor de la República española, entre las que se podían escuchar: “*¡Los aviones para España! ¡Los cañones para España!*”<sup>16</sup>. El ejecutivo francés se encontraba así atrapado entre las presiones de Londres a favor de la no ingerencia en la guerra de España y el clamor popular a favor del apoyo al bando republicano. Con el fin de contentar a unos y a otros, el ejecutivo de Blum optó por manifestar públicamente su neutralidad y, al mismo tiempo, por suministrar armas de forma clandestina a Madrid. De este modo, Malraux contó con el beneplácito del gobierno francés –concretamente de Pierre Cot– para comenzar a reclutar en su apartamento de la parisina rue de Bac a hombres que, bien por las ingentes sumas de dinero ofrecidas –se habla de sueldos ciento cincuenta veces superiores a los de un alférez del Ejército del Aire español<sup>17</sup>– bien por idealismo, deseaban formar parte de la escuadrilla.

La llegada de la “Escadrille Espagne” a Madrid se produjo a comienzos de agosto de 1936. Los hoteles Gran Vía y Florida, que habían sido requisados por el gobierno, fueron la primera residencia de los pilotos en nuestro país y Barajas su primer centro de operaciones. En un principio, la unidad estaba compuesta por veintidós mercenarios y voluntarios franceses, cinco italianos, dos españoles, un checo, un ruso, un belga y un argelino. Al frente de ellos se encontraba el novelista francés como jefe simbólico, pero no operativo, debido a su profundo desconocimiento sobre el pilotaje de aviones; este papel recaería sobre Abel Guidez que, junto con Paul Nothomb, sería el hombre de confianza de Malraux, dos figuras que se corresponden con los personajes de Magnin y Attignies en *L'espoir*. La escuadrilla no era una formación cerrada, sino que en ella podían combatir voluntarios de todas las nacionalidades que desearan luchar contra los nacionales; de hecho, la “Escadrille Espagne”, poco antes de desaparecer en el seno de la aviación republicana española, llegó a contar con ciento treinta miembros<sup>18</sup>. Aquellos que aspiraban a volar en la formación de Malraux debían atesorar una gran destreza en vuelo, sobre todo si se tiene en cuenta la antigüedad y el estado precario en el que se hallaban muchos de los aparatos; la mayoría de

<sup>16</sup>Howson, G., (2000). *Armas para España*. Barcelona. Península, p. 68.

<sup>17</sup>Fernández Cardo, J. M.<sup>a</sup>, (2002). “Introducción”, op. cit, p. 42.

<sup>18</sup>Todd, O., (2002). *Malraux. Una vida*, op. cit., p. 243.

ellos eran antiguos Potez, Dewoitine y Nieuport que no disponían de armas, por lo que debieron ser armados en el aeródromo de Cuatro Vientos con vetustas ametralladoras. A pesar de estos inconvenientes, la escuadrilla no tardó en conseguir sus primeros éxitos en España; así, a mediados de agosto, dos aviones de la escuadrilla derriban cerca de la sierra de Guadarrama a dos bombarderos rebeldes. Durante la segunda quincena de agosto, la formación emprendería una serie de operaciones en Extremadura, entre los que destaca el ataque a la columna del general Castejón cerca de Medellín (Badajoz); esta intervención, reflejada como un éxito notable en *L'espoir*, ha sido considerada por muchos historiadores como una acción que tuvo escasa incidencia en el intento de frenar el avance del Ejército de África, encabezado por el general Yagüe<sup>19</sup>. A partir de entonces, las operaciones llevadas a cabo satisfactoriamente por la unidad serían muy contadas; dejando al margen el ataque sobre un aeródromo secreto de los nacionales en las proximidades de Olmedo (Valladolid) y un bombardeo cerca de Talavera, la formación sufriría serios reveses, como fue una incursión de las fuerzas aéreas rebeldes sobre el campo de aviación de Cuatro Vientos el 7 de septiembre en la que se perdieron seis aparatos, resultando nefasto para la “Escadrille Espagne”, sobre todo teniendo en cuenta que Malraux nunca había dispuesto de más de cinco bombarderos y de seis cazas en condiciones de volar.

Los duros envites sufridos por Malraux y sus hombres motivó que el escritor francés se movilizara con el fin de encontrar nuevos recursos humanos y materiales para la escuadrilla. Coincidiendo con la llegada a mediados de octubre de los primeros brigadistas a Albacete –cuartel general de las Brigadas Internacionales–, Malraux se desplazó a la ciudad manchega con el fin de encontrar obreros con experiencia en fábricas de aviones francesas que pudieran trabajar como mecánicos para la “Escadrille Espagne”. El autor de *L'espoir* plasma en su novela el momento en el que los brigadistas desfilan por las calles de Albacete:

*El martilleo de las botas, ahora bajo las ventanas hacía temblar las casas de adobe.*

*Magnin fue hasta la ventana: todavía de civil, pero calzados con botas militares, con sus caras testarudas de comunistas o su largo pelo de intelectuales, viejos polacos de bigotes nitzscheanos y jóvenes con rostros de films soviéticos, alemanes con la cabeza rapada, italianos que parecían españoles extraviados entre los*

<sup>19</sup>Fernández Cardo, J. M.<sup>a</sup>, (2002). “Introducción”, *op. cit.*, p. 44.

*internacionales, ingleses más pintorescos que todos los demás, franceses parecidos a Maurice Thorez o Maurice Chevalier (...) martilleaban la calle estrecha, sonora como un corredor*<sup>20</sup>.

Tras esta primera breve estancia en Albacete, el escritor francés despegó de la base de Los Llanos –que llegaría a ser el centro de entrenamiento más relevante de la aviación republicana–, emprendiendo así un viaje relámpago de cuarenta y ocho horas a París para comprar aviones a los checos, para comprobar que la intervención de la Unión Soviética no había cambiado la postura de Blum y para encontrarse con amigos como André Gide.

Conforme transcurría el otoño de 1936, el cerco cada vez más estrecho al que estaba siendo sometido Madrid por los rebeldes convirtió a Barajas en un lugar vulnerable, por lo que Malraux, a su regreso de la capital francesa, decidió trasladar la escuadrilla a Albacete a finales de octubre. La estancia aquí se prolongaría hasta comienzos de diciembre, cuando la agrupación se vio obligada a marcharse a la base de Señera-Chiva, cerca de Valencia. Durante los primeros días en nuestra ciudad, los miembros de la escuadrilla viven unos días de descanso; se reúnen en las tabernas albaceteñas para hablar sobre la evolución de la guerra, visitan el hotel Regina, en el actual Paseo de la Libertad –por donde pasarían los miles de voluntarios de las Brigadas Internacionales– y asisten a la celebración de algunos festejos taurinos –pese a que la mayoría de los maestros se habían decantado por Franco– a la vez que aguardan, en una tensa espera, la llegada de órdenes para tomar parte en nuevas operaciones. Mientras tanto, la unidad efectúa, desde el aeródromo de Los Llanos, algunas incursiones en territorio enemigo, como fue la incursión que el 24 de octubre realizaron Abel Guidez, Jean Darry y Victor Vénier en las proximidades de Talavera, misión que supondría, según Curtis Cate<sup>21</sup>, la última gran victoria de la escuadrilla. En su tiempo libre, Malraux y sus hombres, además de asistir a los principales centros de recreo de Albacete, pasean por las calles de la ciudad, cruzándose a menudo con camiones recubiertos de placas blindadas por los herreros locales que hacen las veces de “carros de combate”; una clara muestra de que, por entonces, la República, si bien contaba con numerosos combatientes en sus filas, apenas disponía de recursos materiales. En aquellos días, el escritor francés añade a su indumentaria civil una gorra militar, que simboliza la eficacia castrense,

<sup>20</sup> Malraux, A., (2002). *La esperanza*, op. cit., p. 342.

<sup>21</sup> Cate, C., (1994). *Malraux*. París. Flammarion, p. 306.

sin por ello renunciar a un toque de distinción y a un cierto dandismo que le confiere su sempiterna corbata.

A comienzos de noviembre, la escuadrilla recibe la orden de colaborar con la aviación soviética en la defensa de Madrid, donde la Ciudad Universitaria sería alcanzada el día 7 por las tropas nacionales de Varela. Malraux no desplazaría la totalidad de sus hombres a Madrid —en concreto a Alcalá de Henares—, sino que una parte de ellos permanecerían en nuestra ciudad para probar los aparatos que habían sido reparados. La presencia de la escuadrilla en la capital no se prolongaría durante mucho tiempo, pues, a mediados de mes, regresa a Albacete. El autor francés describe en *L'espoir* el aspecto que ofrecía la localidad manchega al volver de Madrid aquel frío invierno de 1936, quedando patente la tradicional vocación comercial de la ciudad:

*En esta pequeña ciudad rosada y cremosa, bajo la mañana fría que anunciaba el invierno, miles de hombres animaban como una verbena un mercado de cuchillos, de cantimploras, de calzoncillos, de tirantes, de zapatos, de peines, de insignias; una cola de soldados señalaba cada tienda de zapatos y de gorras*<sup>22</sup>.

En esta ocasión, Albacete fue el escenario de los últimos días de existencia de la “Escadrille Espagne” antes de convertirse en una unidad regular del ejército del Aire gubernamental. Fue en nuestra ciudad donde Malraux, decepcionado por la decisión del gabinete republicano y a la vez consciente de la conveniencia de la medida en favor de la eficacia, informó a sus pilotos de los cambios que se avecinaban:

*Ante la exigencia y las pretensiones de Marty, me ha propuesto la opción siguiente, si no queremos ser incorporados a las Brigadas Internacionales: ser agregados a una escuadrilla soviética o a una escuadrilla española. He escogido esta segunda opción. El contrato de la mayoría de vosotros llega a su término. El gobierno español no tiene intención de renovarlo en las mismas condiciones*<sup>23</sup>.

A partir de entonces, la formación experimenta profundos cambios: se licencia a la mayoría de los mercenarios, Malraux recibe el grado de teniente coronel, Guidez el de comandante y Nothomb el de teniente. La

<sup>22</sup> Malraux, A., (2002): *La esperanza*, op. cit., p. 341.

<sup>23</sup> Todd, O., (2002): *Malraux. Una vida*, op. cit., p. 256.



unidad, al plegarse a las exigencias de la eficacia militar, tan idolatrada por el escritor francés, perdía esa aureola romántica e idealista con la que había nacido, concluyendo así en Albacete una etapa en la que la escuadrilla había conservado su esencia original. Los aviones de la “Escadrille Espagne”, al volar hacia su nuevo destino en tierras valencianas, dejaban atrás nuestra ciudad perdida en su inmensa llanura y, con ella, una manera particular –romántica e idealista– de concebir la guerra.

#### 4. CONCLUSIONES

A pesar de que, tal y como ya se planteaba al comienzo de este artículo, Albacete no goza en *L'espoir* del protagonismo que acaparan otros escenarios de la guerra civil –Madrid, Barcelona, Toledo o la serranía turolense–, es improbable que la urbe manchega no dejara una profunda impronta en la memoria de Malraux tras su paso por la Península. Probablemente, el Madrid asediado por las tropas franquistas, los disturbios en las calles barcelonesas o la imagen del Alcázar toledano cercado por las milicias resultaban enclaves más sugerentes que el Albacete de comienzos de la guerra a la hora de resaltar en *L'espoir* el dramatismo y la virulencia engendrados por la contienda. Sin embargo, el menor peso literario que nuestra ciudad recibe por parte de Malraux no es óbice para que ocupe un lugar de relevancia en el marco de su experiencia en España.

La aparición de Albacete en las páginas de *L'espoir* frente a la ausencia en esta novela de otros enclaves visitados por el autor galo durante su estancia en nuestro país como, por ejemplo, la ciudad de Valencia, es ya, por sí misma, indicativa del recuerdo imperecedero que la capital albaceteña legó al escritor francés; el entusiasmo y el fervor revolucionarios que los brigadistas exhibían por sus calles, las largas tertulias en sus tabernas, la realización desde el aeródromo de Los Llanos de operaciones de alto riesgo –como las incursiones sobre Madrid y Talavera– o la desaparición de la “Escadrille Espagne” no dejarían indiferente a Malraux frente a la “pequeña ciudad rosada y cremosa” inmortalizada en *L'espoir*, una de las novelas más relevantes del siglo XX.



## 5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUBIER, D. y MUÑÓN DE LARA, M., (1956). *Espagne*. Paris. Senil.
- BERTRAND DE MUÑOZ, M., (1995). *La guerra civil española y la literatura francesa*. Sevilla. Alfil.
- CATE, C. (1994). *Malraux*. Paris. Flammarion.
- FERNÁNDEZ CARDO, J. M.<sup>a</sup>, (2002). “Introducción” a *La esperanza*. Madrid. Cátedra, pp. 9-80.
- FERNÁNDEZ CARDO, J. M.<sup>a</sup> y GONZÁLEZ, F. (2006), *Literatura francesa del siglo XX*. Madrid. Síntesis.
- GREENLEE, J. W., (1975). *Malraux's Heroes and History*. Illinois. Northern Illinois University Press.
- GRESHOFF, C. J., (1975). *An Introduction to the Novels of Andre Malraux*. Rotterdam. Balkema.
- HOWSON, G., (2000). *Armas para España*. Barcelona. Península.
- LANGLOIS, W., (1977). “Malraux y la transformación literaria de lo real”. En Corrales Egea, J. y Muñón de Lara, M., *Los intelectuales y la guerra de España*. Caracas. Monte Ávila.
- MALRAUX, A., (1972). *Antimémoires*. Paris. Gallimard.  
(2002). *La esperanza*. Madrid. Cátedra.
- MARÍN RUIZ, R., (2007). *La imagen de España durante la guerra civil en L'espoir, Homage to Catalonia y For Whom the Bell Tolls*. Albacete. Universidad de Castilla-La Mancha. [Tesis doctoral inédita].
- NOTHOMB, P., (2001). *Malraux en España*. Barcelona. Edhasa.
- RAYMOND, G., (1995). *André Malraux: Politics and the Temptation of Myth*. Vermont. Ashgate.
- STOLTZFUS, B., (1999). *Hemingway, Malraux and Spain: For Whom the Bell Tolls and L'espoir*. *Comparative Literature Studies*, n.º 36, pp. 179-194.
- THORNBERRY, R. S., (1977). *André Malraux et l'Espagne*. Gêneve: Droz.
- TODD, O., (2002). *Malraux. Una vida*. Barcelona. Tusquets.